

ARQUEOLOGÍA EN UNA PLAZA METROPOLITANA: RECOLETA, BUENOS AIRES

*Mónica Carminati** y *Daniel Schávelzon***

* Centro de Arqueología Urbana de la Univ. de Buenos Aires

** Investigador Principal CONICET, Dir. del Área de Arqueología Urbana del Gobierno de la Ciudad, Buenos Aires (Argentina)

RESUMEN. *Una de las plazas más elegantes de Buenos Aires, ubicada en el barrio de mayores ingresos económicos y símbolo de un sector social elevado, demostró al ser excavada e historiada un origen totalmente diferente: zona marginal de pobres casas de barro y madera, una vivienda con tierras de cultivo en las afueras de la ciudad que fue pasando de mano en mano entre familias inglesas, hasta que el crecimiento de la ciudad tras la epidemia de la fiebre amarilla lleva a la concentración de la riqueza en ese lugar. Un hallazgo casual, un pozo que se hundió por casualidad, abrió la puerta para re-descubrir el origen de la zona.*

PALABRAS CLAVE: *arqueología urbana, Buenos Aires, pozos sanitarios, cultura material.*

Recibido: 13-04-09. Aceptado: 18-09-09.

TITLE: *Archaeology in a metropolitan place: Recoleta, Buenos Aires.*

ABSTRACT. *We dug one of the most fancy parks of Buenos Aires, in the middle of the most healthy area of the city. The opportunity came when the inner wall of a pit covered by asphalt was demolished by an old tree. And the kind of history we found was of poverty, rural population and settlement of marginalized people. The review of its history and material culture opened our minds to a completely different kind of neighborhood that what it is now.*

KEYWORDS: *Urban archaeology, Buenos Aires, sanitary pits, material culture.*

LA PLAZA SAN MARTÍN DE TOURS ESTÁ UBICADA EN UNO de los sitios más concurridos y tradicionales de la ciudad, asociado al *flâneur* de la aristocracia urbana del final del siglo XIX; hoy en día, si bien las grandes residencias han caído en su mayor parte, es la zona

más cara en cuanto al valor inmobiliario. Sus atractivos turísticos la hacen paseo obligado para los que llegan a la ciudad y, en esta plaza, aún se juntan la elegancia con la costumbre de tostarse al sol en verano de quienes habitan la zona; los museos de arte también la caracterizan al igual que sus parques públicos. Por eso, resultó inaudito que una hermosa y cuidada plaza, ajardinada y con antiguos árboles y faroles, despierte en forma repentina para la arqueología y comience a tener, o a redescubrir, su propia historia. Un pasado totalmente ajeno a la memoria, una zona que hace un siglo era área de pobreza, marginación y uno de los últimos refugios de malevos y gauchos ya urbanos dedicados a la pesca en el cercano Río de la Plata, viviendo en ranchos de madera y paja. Frente a ésta se encuentra La Recoleta, el cementerio de la oligarquía porteña y la iglesia jesuita que sigue siendo el lugar más elegante y costoso para celebrar las bodas de los grupos sociales más altos.

Como el sector fue, en parte, ocupado en el siglo XVIII por los jesuitas para la iglesia del Pilar y su conjunto claustral (Mille 1968), a su lado creció un cementerio que se fue extendiendo desde la imposición de los entierros civiles a inicios del siglo XIX, siendo habilitado como camposanto público por decreto del gobernador Martín Rodríguez y oficialmente inaugurado el 17 de noviembre de 1822. Este conjunto aprovechó, para ser construido, la existencia de un sector elevado sobre una antigua barranca formada por las lluvias habituales, en la que el río creaba un entrante. Hacia la ciudad quedó una larga franja de tierra sin uso que fue ocupada por ranchos habitados por pescadores, malvivientes y trabajadores del cercano matadero de ganado. Veremos que ese terreno fue adquirido por uno de los primeros inmigrantes irlandeses llegados al país y que, en la medida en que la ciudad creció, esas tierras se lotearon, quedando una estrecha esquina al borde de la barranca, donde era casi imposible construir, para plaza pública. Posteriormente, la jardinería del final del siglo XIX la transformó en un remedo de París, rodeada de elegantes bares con mesas en la acera, acorde con la calidad de vida de los habitantes de los alrededores.



Fig. 1. Rancho y gauchos en su actividad cotidiana, posiblemente pescadores y matarifes, a la sombra de uno de los árboles. Foto tomada en el sitio hacia 1865 (Archivo General de la Nación).

Actualmente, la plaza está delimitada por las calles Posadas, Schiaffino y Avenida Alvear. En febrero de 2006 se produjo un hallazgo casual: las enormes raíces de un antiguo árbol, un gomero,¹ que pudo haber sido plantado por el virrey Altolaquirre y que, como todos los de la zona, debe remontarse al menos a los ensayos botánicos en la zona hechos hacia 1820. Estas raíces rompieron la pared interior de un pozo cilíndrico tapado por asfalto. Esto provocó un hundimiento que llamó la atención de las autoridades, gracias a lo cual pudo hacerse esta investigación que, si bien no implicó un trabajo intenso que resultaba imposible en el lugar, permitió sumar un caso más a la ya larga serie arqueológica de Buenos Aires. Despertó el interés por una historia olvidada, o mejor dicho borrada o al menos desdibujada, reciclada, que nos obliga a mirar los orígenes de una zona que hoy posee ciertas características, pero cuyo pasado es muy diferente (a fin de cuentas el hecho de que exista un barrio elegante que se hizo desplazando a habitantes pobres no es algo raro ni nuevo, pero sí útil de recordar).²

La primera visita al lugar, con este objetivo, nos permitió observar que el elemento central se trataba del cita-

do pozo de forma circular que poseía ladrillos en sus paredes; en su interior, era visible un relleno de basura moderna ya que fue hallado al ceder la capa asfáltica que sirve de piso a algunos sectores del parque, muy próximo a un árbol de gran tamaño y que había sobrevivido al paso del tiempo en buenas condiciones. Al hundirse el piso, casi un metro fue relleno con lo que había a mano antes del aviso. Al recorrer el parque, detectamos que, además, había abundante material arqueológico fragmentado, disperso por varios sectores de su superficie que se hicieron visibles por la erosión por uso y lluvia seguramente, lo que nos llevó a plantearnos una serie de interrogantes: ¿a quién pertenecía ese pozo y para qué se había utilizado?, ¿por qué existía tanto material arqueológico en un espacio verde?, ¿cuál era el origen de esta plaza y cuáles fueron las variaciones que sufrió para convertirse en lo que actualmente es? La ciudad, suma de transformaciones, se ponía aquí en clara evidencia.

Para intentar encontrar respuestas, primero llevamos a cabo la excavación arqueológica del pozo, que desgraciadamente no pudo hacerse hasta su base por el derrumbe de sus muros provocado por las raíces, lo que genera-

¹ *Ficus macrophylla* Desf. según M. Kaplanski *et al.* (s. f.).

² El estudio fue hecho en conjunto por la Dirección General de

Patrimonio del Gobierno de la Ciudad y el Centro de Arqueología Urbana de la Universidad de Buenos Aires.



Fig 2. La Avenida Alvear en 1895, con sus primeras residencias ya construidas sobre los antiguos terrenos de la zona. Al fondo, se ve la arboleda de la plaza (Archivo General de la Nación).

gos, o de letrinas, para aumentar su capacidad de absorción (Schávelzon 2005). Se excavó hasta los 2,80 m de profundidad desde el nivel de la capa de asfalto, pero por razones de seguridad se decidió no continuar, dejándose un testigo escrito en su interior y rellenándose con materiales modernos.

Entre los objetos hallados, abundan elementos utilizados en la construcción —tejas, ladrillos, baldosas, trozos de mampostería de cal, ladrillo partido y cal de conchillas— y, en menor proporción, había vidrios de botellas de vino, lozas, carbón y restos muy oxidados de hierro. A excepción de algunos ladrillos, todo el material apareció fragmentado, lo que demuestra que no fue un pozo de basura, donde habitualmente los objetos tienen todas o casi todas sus partes. Este es un típico relleno hecho con material de construcción —porque es altamente absorbente— y tierra conteniendo fragmentos de objetos rotos y dispersos en

ba una situación realmente peligrosa pese a todos los recaudos tomados. Luego se hicieron recolecciones superficiales de material en toda la plaza, efectuamos la investigación histórica y cartográfica de la zona y, en la base de dos enormes gomeros, se hicieron visitas espaciadas para hacer recogida de materiales a lo largo de dos años, en la medida en que estos iban siendo empujados hacia fuera por las raíces.

EXCAVACIÓN DEL POZO

Esta estructura, cuyo diámetro aproximado es de un metro, fue excavada en origen en el sedimento natural de la ciudad, posee ladrillos que la revisten internamente de forma parcial (ya que se detectaron sólo ocho hiladas en el sector más completo), siendo el barro el material usado como mortero. Adherido a sus paredes interiores, había sedimento de coloración pardo-verdosa, indicador común de desechos de los pozos sanitarios. Su forma y el no estar recubierto salvo en la parte superior, al menos en la ciudad, es característico de los pozos llamados cie-

otros sitios habitualmente cercanos. Para nuestra arqueología, es un basurero secundario.

Las primeras conclusiones a las que pudimos llegar son que se trata de un pozo ciego construido a mediados del siglo XIX y que estuvo activo antes de la conexión de las redes cloacales de la ciudad. Si pudiéramos arriesgar una fecha para su uso sería 1860-1910. Cabe aclarar que no fue hallada la entrada de ningún albañal o caño, pero sí un orificio en donde pudo haber estado el mismo, lo que nos lleva a pensar que de ser una letrina tradicional la misma era de tipo vertical: en donde las deposiciones eran hechas directamente sobre el pozo. Muy probablemente, haya pertenecido a alguna de las viviendas que existieron en la zona. Durante su uso se arrojaba al interior basura para evitar los olores, cosa que sucede aún en la actualidad en sitios donde no hay agua corriente. Al cesar su uso, fue rellenado hasta el borde con tierra y basura más moderna, siendo muy importante el volumen de materiales recientes utilizados para tal fin.

Hay un tipo de material que nos resulta significativo para la datación de la estructura: los 79 ladrillos o sus fragmentos, que en buena parte provienen del relleno y



Fig. 3. Uno de los grandes árboles de la plaza y sus raíces. Abajo, y tapado con hojas, el pozo cilíndrico de quienes habitaron el sitio al hundirse.

de los muros derrumbados. Los promedios de sus medidas son: ancho (4,1 cm de media con un máximo de 5,5), largo (15,5 cm de promedio con un máximo de 17,5). Ninguno se encontró entero; el fragmento más grande medía 24 cm de largo, lo que corresponde a ladrillos de hasta casi 40 cm. Esto nos lleva a dos conclusiones: 1) poseen una gran variabilidad dimensional, 2) la cronología se ubica desde antes de los inicios del siglo XIX y, de allí en adelante, hasta inicios del siglo XX.

LA RECOLECCIÓN SUPERFICIAL

Ya hemos dicho que en varios sitios de la superficie del parque, ubicados en el plano, había fuertes concentraciones de material histórico. Lo recolectado, siempre con nuestra decisión de no tomar muestras posteriores a la década de 1940-50, estaba fragmentado en su gran mayoría y consistió en abundante loza, vidrios de botellas de vino, frascos de perfumería y vasos, caños de gres, baldosas, porcelanas, pizarras, material óseo y metal oxidado de formas indeterminadas en su gran mayoría. La presencia de los mismos puede deberse al uso o también a rellenos que haya sufrido el terreno para ser utilizado como plaza; resulta imposible saberlo sin mayores excavaciones extensivas. Cronológicamente, pueden situarse desde mediados del siglo XIX a principios del XX.

Al efectuar las citadas recolecciones, se hallaron ladrillos cementados con barro en el Sitio 2, formando al menos una hilera, resto de una construcción. El problema es que se encuentran entre las raíces de los enormes gomeros y el sitio se torna imposible de excavar de forma alguna. Se decidió profundizar —en la medida de lo

posible— a efectos de determinar si existían otros muros o cimientos enterrados, pero la búsqueda no arrojó resultados positivos por la imposibilidad física de hacerlo. Lo que sí quedó evidenciado es que en ese sitio hubo una construcción, que tuvo al menos una pared que corre de este a oeste en una extensión visible de cuatro metros y con partes de un piso hacia el norte de dicho muro. En posteriores visitas de seguimiento,³ el crecimiento de las raíces rompió esa hilada y comenzó a dispersarla sin que se pusieran en evidencia más ladrillos, por lo que suponemos que se trataba del cimiento. En un par de sitios la hilada tenía dos hileras de altura. El crecimiento de este tipo de árbol es tan intenso que no dudamos que en un futuro haya que hacer nuevos recorridos o aparezcan restos de cimientos ahora invisibles.⁴

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Afortunadamente, para favorecer nuestra interpretación, la historia ha avanzado mucho ya que las características actuales del barrio lo hacen muy atractivo, gracias a lo cual conocemos el proceso documental desde el siglo XVII a la actualidad (Hanon 2000).

El barrio de Recoleta se hallaba en sus comienzos fuera de la traza original de la ciudad; tomó su nombre cuando allí se establecieron los Padres Recoletos en lo que había sido la chacra Los Ombúes, propiedad de Rodrigo Ortiz de Zárate, gran personaje de su tiempo, y sus orígenes se remontan al reparto de tierras hecho por Juan de Garay en el año 1583 tras fundar la ciudad de Buenos Aires. En el siglo XVIII existían en el mismo quintas y chacras que figuran en planos de esa época (Taullard 1940).

Con respecto al sitio que nos ocupa, comienza a tener tanto una imagen física como a tomar importancia en el siglo XVIII y valga de ejemplo el plano de Cristóbal Ba-

³ Se continuaron las visitas al lugar para recolectar material durante 2007 y 2008.

⁴ Un recorrido en 2009 mostró que esto casi había desaparecido, aunque aparecían algunos ladrillos nuevos no vistos antes, y que buena parte de la zona inferior de la barranca ha quedado sin pasto, si bien todo el material visible es del siglo XX medio o tardío.



Fig. 4. Cuadro de Julio Daufresne pintado en 1844 mostrando la zona, la casa Armstrong, el convento y cementerio de la Recoleta y la iglesia del Pilar.

rrientos de 1772 (De la Fuente 1945). Allí aparecen las «propiedades de Prieto», en una de las cuales, la de mayor extensión, puede observarse la barranca cuyos terrenos descienden hacia el río. Su propietario era el escribano Facundo de Prieto y Pulido, quien las había recibido del padre Maciel en el año 1770-1771. Para fines del siglo XVIII poseía unas dos manzanas de terreno, extendidas frente a la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, que estaba ya casi concluida y a la que después de varias incidencias se le anexó el nuevo convento de Recoletos. Más tarde, en parte de esas manzanas se formó la Plazuela o Plazoleta de la Recoleta, que era en realidad un espacio de tierra indefinido aunque arbolado con vista al río y buen aire para el verano. Don Facundo poseía una casa en lo alto de la barranca y cobraba arrendamientos por esas tierras en las que nunca habría vivido (Hanon 2000). En el citado plano, una calle separa ambas propiedades y es perpendicular al terreno que ocupaban los Recoletos; se trata de la vieja Calle Larga, que luego se transformaría en la avenida Quintana. Teniendo en cuenta que la actual plaza San Martín de Tours se encuentra bordeada por la Avenida Alvear, nuestro sitio se ubicaría en la propiedad más grande, ya que aquella avenida fue abierta recién hacia fines del s. XIX, detalle al que nos referire-

mos luego. Ya en los inicios de dicho siglo, los curas del Pilar querían arreglar la zona que no estaba acorde con el nivel social de la iglesia. El padre Castañeda escribía:

«Señor Juez de Policía

No me parece fuera de proporciones el poner en la noticia de que he determinado cercar la barranca del convento para impedir que la corriente de las aguas descompongan la plazuela que sirve de recreo a la ciudad principalmente en los días del Pilar y de San Pedro de Alcántara.

Pienso dejar una sola bajada para el río, asegurada con hileras, y seguir una Alameda de álamos hasta el camino del bajo: pero nada de esto quisiera poner en ejecución sin que primero V. E. sirviese mandar un comisionado, para que aprobase, o enmendara mi plan arreglándolo en todo a las leyes de policía.

Dios gué a V. S. (ilegible)

Julio 14 de 815

Fray Francisco de Castañeda» (Archivo General de la Nación, Gobierno Nacional 4-7-6).

Don Facundo murió en 1798 y el establecimiento principal pasó a ser de su esposa, quien la transfirió a Merce-



Fig. 5. La plaza San Martín de Tours en la actualidad.

des Saraza viuda de Necochea. La misma incluía «case-río y árboles frutales». En 1807 Mercedes Saraza declaró haber adquirido propiedades a cuenta de Don José María del Pino, hijo del virrey Joaquín del Pino, muerto en 1804, y con quien se había casado el año anterior. Se supone que Del Pino tampoco vivió allí y se describe el lugar como de «edificios humildes, bajos, austeros uno con techo de tejas y galería mirando al río y otro de azotea en la cresta de la barranca —hoy Junín y Alvear— frente al convento». En el plano hecho por Martín Boneo en el año 1800, pueden observarse las quintas y la barranca y no existe gran variación espacial con respecto al plano de Barrientos.

En 1812 hay censados tres esclavos morenos en el lugar y se citan las plantaciones de alfalfa «que alfombran la barranca». Si bien la propiedad no había cambiado de dueño, en el plano de Manso de 1817 aparece esta zona como perteneciente a «varios dueños», posiblemente debido a que las tierras se hallaban arrendadas. Es así cómo en el censo del año 1827 su ocupante es un quintero inglés apellidado Ales. Lo cierto es que en esta zona y por aquellos tiempos se sembraban verduras, abundaban los árboles frutales, pastos para alimento de ganado y hasta se menciona la presencia de un palomar. Era una zona limítrofe a la

ciudad aún con pocas opciones de crecimiento, ya que el aumento de la densidad de habitantes era absorbido hacia el sur y el oeste, nunca hacia el norte. El cercano río era fuente inagotable de pesca.

Durante los años 1834 a 1840, la propiedad estuvo arrendada a Cayetano Balboa; en el año 1843, Del Pino la vendió al escribano Adolfo Conde. En un cuadro de Julio Daufresne fechado en 1844, además de la Iglesia del Pilar, puede verse sobre la izquierda la quinta perteneciente a Conde que posee dos viviendas: una de ellas con techo rojo, posiblemente de tejas, y la otra una sencilla *casa de bajos* con cuatro ventanas, una arboleda parece marcar el límite de la misma hacia el convento y pueden observarse algunos árboles en la pendiente de la barranca; hacia el frente de la obra se ven seis carretas en el Camino del Bajo cercano al río. Al parecer, la plazuela de la Recoleta y sus alrededores eran muy usados desde antes aunque era en aquellos tiempos considerado lugar de peligro por estar eran frecuentado por carreteros, lavanderas, mata-rifes, pescadores y alguna gente de mal vivir. Conde, su dueño, igual que los anteriores, nunca vivió en esa quinta que alquilaban. Sus edificios debieron ser modestos y con poco mantenimiento; en el año 1853 es descrita como «casa de alto y bajo», con lo que se supone que pudieron haberle agregado un piso más.



Fig. 6. Recolección en superficie de materiales entre las raíces de los árboles.



Fig. 7. Vista interna del pozo una vez retirado el relleno moderno y al inicio del sedimento antiguo; nótese el sitio en que estuvo el desagüe, ahora destruido.

Existen varias imágenes del sitio hechas en el siglo XIX, una de Pierre Benoit en 1821 aunque no se alcanza a ver el terreno de la excavación que está ligeramente por detrás del artista, otra de 1830 hecha por Carlos Pellegrini, en la cual o la barranca desapareció o la plazuela frente a la iglesia creció en desmesura hasta unirse con el lado de enfrente del cauce seco; la última es la más detallada, la ya citada de Daufresne que por su lejano punto de vista cubre toda la barranca con ambos lados. En esta hay cuatro grandes árboles que suponemos que, más allá del detalle, son los cuatro grandes gomeros de la plaza San Martín de Tours que seguramente el artista no supo o no pudo pintar en detalle (Del Carril y Aguirre 1982).

El único cambio importante de esos años fue que allí comenzaba un largo camino que iba hacia el norte, a la nueva casa del gobernador, Juan Manuel de Rosas —actualmente Avenida del Libertador—, pero como terminaba allí, el tránsito debió ser poco.

En mayo de 1854, la quinta es comprada por el irlandés Thomas Armstrong a partir de quien esta historia va a sufrir un cambio, en especial por su posible destrucción con el levantamiento militar de Hilario Lagos: los

documentos dicen que quedó «la huerta y la quinta en ruinas». Para ese entonces se dice que constaba de «edificios de altos y bajos, plantío, sembrado, arboleda, cercos, zanjas» y que «posee una cuadra de frente al Oeste y dos de fondo al Este». Los límites eran al oeste: la Calle Larga (actual Avenida Quintana), al este, el camino público de la ribera del río tal como puede observarse en el cuadro de Daufresne; al sur, con los herederos de Juana Cazón de Almeida y, al norte, con la Plazuela y las barrancas de la Recoleta (Hanon 2005). En el censo de 1855 la propiedad de Armstrong es descrita como «quinta de azotea», ocupada por italianos hortelanos y puesteros. En el catastro de Pedro Beare de 1860-70, se observa un notable crecimiento ya que la casa tenía entonces catorce habitaciones en planta baja, cinco ventanas con rejas y una habitación en la azotea; en aquellos tiempos se encontraba habitada por los quinteros italianos, por un comerciante oriental con su familia y una sirvienta morena.

A la hora de referirnos a Thomas Armstrong, diremos que fue un importante estanciero, banquero, financista e industrial muy influyente en Buenos Aires, con vínculos comerciales tanto en Londres como en el país y que sólo



Fig. 8. Materiales de superficie: botellas de ginebra y vino del siglo XIX y una hoz para segar trigo (foto: P. Frazzi).

gación al cementerio de la Recoleta y en toda la extensión de la quinta de su propiedad. Por otra parte, el presidente de la Municipalidad, y en nombre de dicha corporación, se obligaba a pagar veintidós mil pesos nacionales para hacer las largas paredes a ambos lados de la nueva calle y como compensación por los daños y perjuicios, además de colaborar con el quintero que ocupa esa parte del terreno «para facilitar la mudanza cómoda de sus plantas» (Becar Varela 1926).

utilizaba la quinta durante los veranos. Estaba casado con una criolla de holgada posición económica con la que tuvo cinco hijos. Al morir en 1875 heredaron esta quinta, amén de una gran fortuna, sus dos hijas, Emma y Justa. Es a ellas a las que les tocó decidir el destino de parte de la propiedad que nos ocupa debido a que el primer intendente de Buenos Aires, Torcuato de Alvear en 1880 propuso una serie de mejoras urbanas, entre las que se encontraba transformar el paseo de la Recoleta, para lo cual debía rectificar las calles en la zona en torno del cementerio y en la llamada Bajada de la Recoleta; era romper los relictos de la irregularidad de tiempos coloniales de las áreas marginales y continuar la interminable cuadrícula, regular y controlable de la modernidad.

La quinta de Armstrong interceptaba el paseo proyectado, motivo por el cual Emma y Justa llegaron a un acuerdo con la Municipalidad para que fuera posible la apertura de la elegante calle en la que se estaban ya construyendo mansiones cada vez de mayor importancia. De esa manera, ellas se comprometieron a permitir la apertura de la calle llamada Bella Vista en su prolon-

de un negocio sino del típico acuerdo de partes entre sectores de la oligarquía porteña, convenía a ambos no sólo en lo estético sino en la valoración de las tierras que, efectivamente, fueron pasando de agrícolas a residenciales.

Poco más tarde, la propiedad pasó a manos de los Dose Armstrong, hijos de Dolores Armstrong, hermana menor de Emma y Justa. A comienzos del siglo XX, Carlos Dose Armstrong demolió los «viejos edificios coloniales para construir una espléndida mansión en Alvear entre Schiaffino y Ayacucho [...], la que cayó bajo la picota en 1938,



Fig. 9. Lozas inglesas decoradas provenientes del pozo (foto: P. Frazzi).



Fig. 10. El sitio durante los trabajos arqueológicos, en medio del tráfico urbano.

y así murió definitivamente la quinta de Armstrong, que en su última época estaba reducida a una cuadra» (Hanon 2000). Es decir, había hecho el circuito completo de la alta burguesía de su tiempo: demolió la casa colonial y construyó un palacete en la nueva moda afrancesada y ecléctica, el que a su vez fue demolido para hacer edificios de departamentos; en otra escala, de más recursos económicos, lo mismo que en toda la ciudad (Schávelzon 2008).

Actualmente, la plaza San Martín de Tours se destaca por sus jardines afrancesados de exquisito diseño y sus antiguos gomeros, vástagos del traído por Altolaguirre. En ese lugar, a principios del siglo XX, existió un café, restaurante y despacho de bebidas que se llamó Belvedere. Poseía lindero a éste un velódromo al que concurrían aficionados y profesionales del ciclismo y, en la manzana, bajo la barranca, el *Palais de Glace*, sitio predilecto para los patinadores sobre hielo y luego los bailantes de tango de su tiempo. La Municipalidad adquirió el terreno y lo agregó al paseo.

CONCLUSIONES

Integrando los datos surgidos de las excavaciones con la investigación histórica, podemos concluir que los terrenos de la actual plaza San Martín de Tours formaron parte desde el siglo XVIII de las quintas de Recoleta, las cuales poseían cultivos, árboles frutales y algunos animales domésticos como cerdos y palomas; y ranchos cercanos al río usados por pescadores y lavanderas de extrema pobreza. Que era una zona marginal entre las casas

calle Bella Vista (actual Avenida Alvear) y mudado el quintero, todo lo construido debe haber desaparecido o, por lo menos, gran parte de ella. La operación urbana encarada por el municipio no sólo terminó de embellecer la zona destinada a la aristocracia de la ciudad, permitiéndole tener nuevos lotes para construir mansiones, sino también desplazó definitivamente a los habitantes de ranchos y casas pobres de la costa. Se había concretado el sueño de una París en Sudamérica que tuvo la Generación de 1880. La Fiebre Amarilla de 1873 había producido el final de una fuerte tendencia de dejar el barrio sur y sus viejas residencias de un piso para construir nuevos palacios de estilo francés en la zona norte, todo esto parte de ese mismo proceso de movilidad social y transformación de la ciudad.

Por otra parte, sabemos que una reglamentación del año 1894 prohibió a los habitantes porteños usar pozos por cuestiones sanitarias y aunque siguieron existiendo algunos de ellos en la ciudad, para 1904 ya no había ningún pozo funcionando salvo 800 aljibes a excepción de los pobres inquilinatos donde aún quedaban 193 pozos y 23 aljibes en uso (Schávelzon 2005). Es posible asumir que en esos años el pozo excavado dejó de funcionar y fue cegado poco más tarde, que es lo que los datos arqueológicos nos indican.

Con respecto al material cultural del interior de dicha estructura y de los sitios superficiales de la plaza, todo puede ubicarse cronológicamente entre mediados del siglo XIX y su final, coincidiendo con los años de crecimiento del sitio. Del análisis tipológico de los hallazgos se desprende que el mayor porcentaje de aquellos que corresponden al interior del pozo pertenecen a la catego-

ría de los materiales de construcción: ladrillos y tejas, mientras que el que fue recuperado de los sitios superficiales consiste además en fragmentos de loza, porcelana, cerámica utilitaria, gres, vidrio, metal, huesos de vacunos, porcinos, aves y peces, es decir restos de la vida doméstica. El índice de fragmentación es predominantemente alto siendo muy escasas las piezas recuperadas enteras (un frasco pequeño de vidrio y algunos botones), o de fragmentación baja que pudieron ser restauradas, como fue un plato liso de loza Pearlware y un vaso. Destacamos la falta de cerámicas o materiales anteriores al siglo XIX; su ausencia en el sitio es significativa.

Cabe añadir que la plaza se encuentra elevada con respecto al nivel de las calles que la circundan y actualmente se accede a ella por escalinatas, uno de los pocos sitios que conservó su topografía original, o bastante de ella. Parte del material se encuentra en lo que pudo ser el lugar más alto de la barranca y, por consiguiente, pertenece a la quinta y no a rellenos ulteriores. De ahí la alta presencia de fragmentos de objetos de la vida diaria, bacinillas, platos, vasos, tazas, frascos de perfumería y farmacia, botellas de vino y cerveza. También es factible que parte del material de relleno provenga del recreo Belvedere que por un corto tiempo funcionó allí cerca.

Es más que evidente que es un pozo ciego, de los que hemos excavado docenas en la ciudad (Schávelzon 1999), y no resulta demasiado significativo, más aún si no es factible excavar en su entorno, hoy todo cubierto de asfalto y cemento. Su valor radica en que es un paso más en la suma de las observaciones de prácticas de la vida doméstica, de comportamientos sociales a escala urbana, de la reproducción de la construcción de una ciudad como tal.

En un sitio que por sus características actuales hacía imposible pensar en actividades rurales, hallamos en superficie, entre las raíces, una hoz de hierro martillado, hecho altamente significativo porque resumía una historia, un pasado y un imaginario muy diferente al construido después.

Agradecimientos

Al Licenciado Alejandro Cappelletti, Director del *Palais de Glace* y a su personal por permitirnos utilizar sus instalaciones y herramientas, a Mario Silveira por el reconocimiento de la fauna, a Sonia Berjman por su información, a Ana María Lang de la Biblioteca del Instituto de Arte Americano por el material bibliográfico, a Elisa Radovanovic por la ayuda que nos brindó durante toda la investigación, a Maxine Hanon por facilitarnos los datos que se incluyen en el presente trabajo, a Guillermo Páez por su asesoramiento, a Patricia Frazzi y Marina

Ojero por su colaboración. En la excavación agradecemos a Flavia, Julia, Julieta, Marcela, Melina, Sofía, Daniel y Guido, estudiantes de arqueología en esos tiempos, por la labor realizada en el campo y en el laboratorio.

MÓNICA CARMINATI, arqueóloga de la Universidad Nacional de La Plata, intervino en excavaciones de sitios prehispánicos en Río Negro y Buenos Aires e históricos en la conurbación bonaerense, en Santa Cruz y la ciudad de Buenos Aires. Ha presentado ponencias en congresos, simposios y cursos nacionales e internacionales referidos a arqueología, historia de pueblos, patrimonio y restauración. Efectuó asesorías científicas para la Secretaría de Cultura de la Nación y para la Secretaría de Cultura del Partido de la Matanza. Participó en la supervisión arqueológica de trabajos de diagnosis de edificios de valor patrimonial en Buenos Aires. Ha sido Coordinadora del Inventario del Patrimonio Urbano y Arquitectónico de la Provincia de Santa Cruz. Desde el año 2004 pertenece al Centro de Arqueología.

DANIEL SCHÁVELZON (dschavelzon@fibertel.com.ar), argentino, especialista en arqueología de ciudades de grandes dimensiones, ha trabajado en temas de historia del arte y conservación del patrimonio cultural que se han difundido en sus obras. Es Investigador Principal del CONICET y Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado unos treinta libros, en especial sobre arqueología histórica y urbana. Ha creado el Centro de Arqueología Urbana y estableció este tipo de trabajos en el Gobierno de la Ciudad. Tiene una fuerte presencia en América Latina y numerosas publicaciones y cátedras fuera de su país.

<www.danielschavelzon.com.ar>.

BIBLIOGRAFÍA

- BEAR VARELA, A. 1926. *Torcuato de Alvear. Primer Intendente municipal de la Ciudad de Buenos Aires. Su acción edilicia*. Buenos Aires: Ed. Kraft.
- CARMINATI, M., M. OJERO, G. PÁEZ Y M. SILVEIRA. Valoración de un pozo de basura. Ponencia presentada al XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Río Cuarto, 2004) (en prensa).
- DE ESTRADA, M. 1990. *La Recoleta*. Buenos Aires: Ed. Barrera.
- DE LA FUENTE MACHAIN, R. 1945. *El Barrio de la Recoleta*. Cuadernos de Buenos Aires n.º 2. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- DEL CARRIL, B. Y A. AGUIRRE SARAVIA. 1982: *Iconografía de Buenos Aires, la ciudad de Garay hasta 1852*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad.

HANON, M.

— 2000: *Buenos Aires desde la quintas de Retiro a Recoleta (1580-1890)*. Buenos Aires: Ed. K.

— 2005: *Diccionario de británicos en Buenos Aires (primera época)*. Buenos Aires: Ed. K.

KAPLANSKI, M., E. QUAINTEENNE Y J. A. VENIER. s. f. *Reconocimiento de los Ficus de la Ciudad de Buenos Aires*. Manuscrito. Buenos Aires: Cátedra de Jardinería, Facultad de Agronomía.

MILLÉ, A. 1968. *Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán y Paraguay; sus iglesias del antiguo Buenos Aires 1567/1768*. Buenos Aires: Ed. Emecé.

RADOVANOVIC, E. 2001. *Planos de Buenos Aires. Siglos XIX y XX*. Buenos Aires: CEDODAL.

SCHÁVELZON, D.

— 1992. *Túneles y construcciones subterráneas. Arqueología Histórica de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ed. Corregidor.

— 1999. *Arqueología de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ed. Emecé.

— 2005. *Túneles de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.

— 2008. *Mejor Olvidar. La conservación del patrimonio cultural argentino*. Buenos Aires: Academia de Historia de Buenos Aires.

TAULLARD, A. 1940. *Los planos más antiguos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ed. Peuser.